

los de Jochimilco, que habian proyectado encerrarlos dentro de la ciudad y acabar con ellos con las fuerzas mejicanas que esperaban por momentos, trataron desde luego de ocupar la salida e impedirles el paso. Cortes, que estaba mas inmediato aunque con solo seis caballos, penetrado de la importancia de frustrar el movimiento del enemigo, se arrojó sobre el con este solo piquete, y aunque logró dispersarlo y ponerlo en fuga, como a cada paso volvía a reunirse, era necesario volver a la carga sin cesar, de lo cual resultó que su caballo cansado hasta lo sumo, cayó y el quedó desmontado. Cuando los enemigos lo vieron en esta situacion, lo rodearon por todas partes, y el no tuvo otro arbitrio que apelar a su lanza para defenderse, pero este recurso era muy debil, y sus fuerzas se apuraban de modo que estaba proximo a sucumbir, cuando un Tlascalteca y despues un criado suyo acudieron en su auxilio: estos levantaron el caballo y ya entonces se presentó tambien una partida de Españoles, que noticiosos del caso, acudieron tan pronto como les fué posible a salvar a su general. Cuando esto se hubo logrado, Cortes se volvió a la ciudad, y aunque el cansancio era sumo, la urgente necesidad de que el paso de tierra quedase franco y abierto, hizo que se trabajase toda la noche en cegar con piedra y adove todas las cortaduras que lo impedían, presenciandolo todo el mismo Cortes que

no quiso fiar a otro tan importante ocupacion.

Los Mejicanos habian hecho los mas grandes preparativos para acometer a los Españoles por agua y tierra; así es que al amanecer, el lago se halló todo poblado de canoas, y cuanto alcanzaba la vista en tierra se veía ocupado por las fuerzas enemigas. Cortes, despues de haberlas reconocido desde la altura de un templo, dió sus disposiciones para defender la ciudad, y se resolvió a salir a tierra el mismo con los caballos y una division de aliados: esta fuerza la dividió en tres trozos, y a cada uno de ellos les señaló su rumbo para perseguir al enemigo, previniendoles que no dejasen de hacerlo hasta lograr una completa dispersion. Los Mejicanos resistieron valientemente; pero despues de grandes perdidas se vieron obligados a ceder, y se refujieron a una altura que a prevencion tenían ocupada. Las fuerzas españolas se dirijieron sobre ella, la cercaron y la tomaron, cayendo los que la ocupaban al retirarse en manos de Cortes, que de intento se habia quedado abajo para recibirlos. Entonces se tocó la retirada para Jochimilco, y ya dentro de la ciudad todavia volvieron en las inmediaciones a aparecer enemigos que fué necesario perseguir y derrotar. Los Españoles que quedaron en defensa de la plaza, mientras Cortes andaba fuera, se vieron en grandes apuros, pues tuvieron que luchar con las fuerzas de refresco, que a cada momento



arrojaba sobre ellos la laguna, sin embargo lograron sostenerse hasta la llegada de los que andaban fuera, y ya entonces dejaron de ser acometidos, despues de haber consumido cuantas municiones y armas arrojadas tenian, y haber recobrado algunas espadas de las que se perdieron en la celebre noche triste. Jochimilco fué quemado, y despues se emprendió la marcha para acabar el reconocimientto proyectado de las inmediaciones de Mejico, por el lado del sur, y se llegó a Churubusco de donde partia una calzada para Mejico, que hoy se llama de San Antonio Abad: un numero considerable de canoas armadas, y tropas de tierra se hallaban en actitud de defenderla, y aunque fueron derrotadas, esta victoria se compró cara, pues salieron heridos de alguna gravedad los mas de los Españoles.

Despues de haber reconocido todos estos parajes, se caminó hacia Tacuba, y en esta travesia los Españoles fueron sin cesar hostilizados por los habitantes del pais que, aunque siempre sacaban la peor parte, volvian a la carga con una constancia de que hay pocos ejemplos. Cortes no quiso pelear en Tacuba, sino solamente reconocer su situacion, y hacerse cargo del modo con que podria situar alli ventajosamente una division, para sitiar y acometer a Mejico. Al proseguir la marcha, se echaron menos dos jovenes Españoles que estaban al servicio del general, los cuales por su poca precaucion fueron

hechos prisioneros por los Mejicanos. Este suceso y el haberseles reusado la batalla, hizo creer a los enemigos que Cortes se hallaba débil y podia ser impunemente insultado. Empezaron pues a seguir al ejercito con mas empeño, de modo que ya se creyó necesario hacerles frente; mas para no perder el golpe se procuró traerlos a bastante distancia de la laguna, de modo que no pudiesen guarecerse tan pronto en sus canoas: asi se hizo, y entonces se dió sobre ellos causandoles tal perdida que ya no se atrevieron, a lo menos por ese dia, a molestar a los Españoles. Estos prosiguieron su marcha por Azcapuzalco y Tlalnepantla e hicieron noche en Cuautitlan, de donde salieron el dia siguiente para Jilotepec, y de alli por Oculman se volvieron a Tezcuco.

Los Españoles de esta ciudad recibieron con sumo regocijo a sus compañeros, de quienes no habian tenido noticia ninguna desde su salida, y cuya larga ausencia aumentaba los temores con que procuraban amedrentarlos los habitantes de la ciudad, suponiendo la pronta venida de los Mejicanos sobre ella, y la total derrota de los Españoles de la espedicion. Cuando Cortes se determinó a reconocer las poblaciones situadas al rededor de la capital, el objeto principal que se propuso, fué el de examinar por si mismo su importancia militar, para aprovechar sus ventajas o evitar los perjuicios que desde ellas pudieran recibir las divisiones



de su ejército, que debían formar el sitio. Por las expediciones anteriores había logrado establecer solidamente la reputación de sus armas, pues constantemente vencedor de cuanto pretendía oponerse, sus enemigos no veían en él sino un hombre invencible contra quien nada podía intentarse. Esto lo hizo dueño de todas las poblaciones y provincias que antes pertenecían a los Mejicanos, con lo que no solo logró debilitarlos considerablemente, reduciendo sus medios de resistencia a los esfuerzos aislados de los habitantes de una sola ciudad, sino que aumentó las fuerzas españolas y los medios de subyugar la capital, haciendo obrar contra ella las que antes constituían sus principales y más fuertes apoyos.

Solo le faltaba ya reconocer los puntos en que debía situar las divisiones sitiadoras, y saber los recursos con que se podría contar en las inmediaciones para la subsistencia del ejército, y de todo esto logró imponerse en la última expedición, concentrando también, por sus repetidos ataques y victorias, en el centro de la ciudad las pocas guarniciones que se hallaban fuera de ella como puestos avanzados. Los lagos, que era lo que se hallaba exclusivamente en poder de los Mejicanos, estaban para caer muy pronto bajo de su poder mediante los bergantines que debían dominarlos, y que estaban para ser botados al agua. Este era el estado en que se

hallaban las fuerzas españolas y mejicanas, cuando Cortes acabó su última expedición, y volvió a Tezcucó para proceder al sitio.

Se hallaban concluidos los bergantines a su llegada; pero entonces se advirtió que las riberas del lago carecían de la profundidad necesaria para poderlos recibir, fué pues necesario abrir un canal de media legua de longitud, de seis varas de anchura, y otras tantas de profundidad, que partiendo de las goteras de Tezcucó terminase en la laguna. En esta obra trabajaron ocho mil peones, y se concluyó en cincuenta días con su correspondiente estacada para contener los derrumbes. En 28 de abril de 1521 se echaron al agua los bergantines, y fueron solemnemente bendecidos por el capellán del ejército Fr. Bartolomé de Olmedo. Este día se destinó también para la revista del ejército, que se verificó en las llanuras de las inmediaciones de Tezcucó, y a la vista de los buques. Las fuerzas españolas que se hallaron, consistían en ochenta hombres de caballería, cuatrocientos cincuenta de infantería, entre los cuales se contaban ciento diez y ocho con armas de fuego: el tren de artillería constaba de tres piezas de hierro de grueso calibre y quince pequeñas de bronce, y las municiones no escudían de diez quintales de pólvora. En orden a las fuerzas de los aliados, solo se puede decir que eran las de Tlascala, Huejocingo y Cholula, y las de las provincias de



Chalco, Yzucar y Huacachula con las de otros pueblos de menor importancia : su numero no es facil saberlo, ni aun aproximativamente, pues los historiadores todos exajeran demasiado los ejércitos de un pais, cuya poblacion no podia ser muy considerable. Despues de la revista, Cortes, segun el estilo comun en semejantes casos, exortó a sus tropas al valor y constancia en la empresa, y sobre todo a la disciplina y subordinacion militar : a los Españoles les recordó que iban a sostener una causa en que se hallaban interesados, el honor de su patria, y los progresos de la religion, escitando diestramente y a la vez los poderosos resortes del celo relijioso y de la gloria militar, y haciendoles ver que el uno y la otra dependian del buen exito de la empresa : a los aliados les habló a cada uno el idioma de sus propias pasiones, recordando a unos la opresion que habian sufrido como subditos del imperio, y a otros las continuas guerras en que este los tenia envueltos, amenazandolos siempre con una conquista desastrosa : en todos procuró avivar el sentimiento de las injurias que tenian que vengar, y animarlos con las seguridades que daban las repetidas victorias obtenidas sobre el enemigo, y las esperanzas fundadas de apoderarse de un despojo rico, que debia ser presa del vencedor y repartirse entre sus tropas. En seguida dió las ordenes convenientes a las naciones y pueblos aliados, para que

acudiesen con los viveres necesarios y las fuerzas auxiliares al cuartel general, a fin de que desde alli se distribuyesen a los lugares oportunos.

El segundo dia de Pascua de aquel año, quando ya todas las fuerzas con que se contaba para poner el sitio se hallaban reunidas en Tezcuco, se determinó la distribucion de ellas, y se fijaron los puntos que debian ocupar y el orden con que habian de acometer. Los puntos fueron tres : Tacuba, Yztapalapa y Coyoacan que corresponden a las tres principales calzadas por las que se podia entrar a Mejico. Tacuba debia ser ocupada por Pedro de Alvarado con treinta hombres de caballeria, ciento sesenta y ocho de infanteria, diez y ocho de los cuales tenian armas de fuego, y todas las fuerzas auxiliares de Tlascalá a las ordenes de Jicoteneal y Chichimecal. A Cristoval de Olid se le mandó situarse en Coyoacan con el mismo numero de Españoles, la misma clase de armas y una fuerza correspondiente de aliados. Gonzalo de Sandoval tuvo la comision de ocupar y cubrir a Yztapalapa, con una division de Españoles poco mas o menos de la misma fuerza que las otras, y se le dieron por auxiliares todas las de Huejocingo, Cholula y Chalco. Las instrucciones que por entonces recibieron estaban reducidas a mantener el punto contra los Mejicanos, cortarles el agua y los viveres, impedir toda comunicacion de la ciudad con el continente,



y hallarse listos para atacar cuando se les previnie- se. Cortes se reservó a si mismo el mando inme- diato y direccion de las fuerzas navales, que con- sistian en trescientos infantes intelijentes en la ma- niobra, por ser marineros los mas, veinte y cinco de estos incluso el capitan y el piloto hacian la dota- cion de cada buque, con un pequeño cañon y doce armas de fuego.

El 40 de mayo partieron Alvarado y Olid juntos para ocupar sus respectivos puntos, y el camino que tomaron fué el de los lagos de Zumpango y San Cris- toval, tras del grupo de montañas de Guadalupe, por los pueblos de Oculman, Cuautitlan, Tlalnepantla y Azcapuzalco. En el camino, aunque no se sabe a punto fijo el lugar, ocurrió una disputa o riña en- tre un español y un inmediato pariente de Jicoten- cal. El tlascalteca salió herido, quedó agraviado del ultraje, y sus compatriotas se resintieron, de modo que fué necesaria toda la prudencia del capitan Ojeda, que se hallaba en la division, para calmarlos. Con la mayor parte de ellos se logró; pero Jicotencal, hom- bre de genio fuerte y que siempre habia tenido poco afecto a los Españoles, abandonó la division de Alva- rado con una parte aunque corta de sus fuerzas, y tomó el camino de Tlascala. Cuando Cortes lo su- po, mandó en su seguimiento una partida de Es- pañoles que logró prenderlo, y en seguida se cometió en su persona uno de los mayores atentados que

manchan las paginas de la conquista de Mejico. Se le formó una causa en la cual fué acusado de deser- tor y conspirador: se constituyeron en jueces sus propios enemigos, y sin respeto ninguno por el caracter de su persona, los derechos de los aliados ni el riesgo que se corria en disgustarlos, escuchando solo la voz del resentimiento y la venganza, lo con- denaron a muerte, y sus bienes fueron adjudicados al rey de España. La sentencia se ejecutó en Tezcu- co, y solo el ascendiente que Cortes habia adquiri- do sobre aquellos pueblos, pudo impedir que el pro- fundo sentimiento de que dieron muestras inequi- vocas no rompiese en una abierta sublevacion. Al- varado y Olid prosiguieron su camino, y, despues de tres dias de una penosa marcha, llegaron a Tacuba que encontraron despoblada y ocuparon militar- mente, haciendo en la misma tarde los Tlascaltecas una descubierta por la calzada en la que obtuvieron sobre sus enemigos ventajas considerables. Conforme a la instruccion que llevaban, ambos comandantes se ocuparon al dia siguiente de romper el acueducto que conducia a la ciudad las aguas potables, cosa que no se hizo pacificamente, pues fué necesario sostener una sangrienta y porfiada refriega con los que se oponian a ello. Despues se dedicaron a allanar los obstaculos que interrumpian o hacian difi- cil la comunicacion que debia quedar espedita entre los puntos destinados a uno y otro, en componer



algunas cortaduras y cegar acequias que dificultaban el uso de los caballos; en lo que ocuparon cuatro dias, al cabo de los cuales Olid, dejando a Sandoval en Tacuba, se marchó a Coyoacan con su division. Este lugar, lo mismo que Tacuba, se halló enteramente desierto, y al reconocerse la calzada se advirtió que toda ella estaba defendida con cortaduras y parapetos, tras de los cuales se situaban piquetes de tropa mejicana que mantenian el punto hostilizando a salvo a cuantos se les presentaban. Las divisiones situadas en estos puntos no tuvieron descanso hasta que los bergantines fueron en su auxilio; de dia y de noche eran inquietadas por el enemigo, y las escaramuzas continuas no bastaban a sostener la comunicacion entre los dos campos a pesar de la intermediacion en que se hallaban.

Cortes, después de haber despachado a Sandoval para su destino, se metió en los bergantines con toda la gente que le quedaba, y queriendo visitar y examinar por sí mismo el estado de las divisiones se dirigió a Yztapalapa; mas antes de llegar a este punto se halló que los Mejicanos habian ocupado la pequeña colina que hoy es conocida con el nombre de *Peñon viejo* que entonces se hallaba toda dentro del lago y desde cuya altura lo provocaban. La ocupacion de este punto era tanto mas importante a los Españoles cuanto que desde el, por medio de aumadas, avisaban los Mejicanos a todas sus divisiones los movi-

mientos que observaban en los bergantines y divisiones españolas. El enemigo nada omitió para ponerlo en estado de defensa, pues desde el pie hasta la cumbre se hallaba todo coronado de estacadas por el unico lado que ofrecia un paso a la subida muy incomoda y difícil aun sin estos obstaculos. Para mas asegurar el punto se encargó su defensa a una numerosa guarnicion compuesta de los mas nobles y valientes Mejicanos; mas ninguna de estas dificultades pudo arredrar a Cortes que mandó desembarcar toda su gente y emprendió inmediatamente el ataque. La defensa fué vigorosa, y el combate se sostenia con valor en cada trinchera renovandose en la interior cuando la exterior se habia perdido, de esta manera se lograba dilatar la victoria y apurar las fuerzas del soldado español mientras se recibia de Mejico el auxilio que por las aumadas habian pedido y aguardaban por momentos. Cortes que ya habia penetrado este designio apuró el ataque, y logró ganarles las ultimas trincheras antes de que pudiesen ser socorridos, entonces la derrota se hizo general, y perecieron cuantos se hallaban con las armas en la mano, sin que salvaran la vida mas que las mujeres y niños; pero los Españoles compraron cara la victoria, pues murieron algunos de ellos y los mas salieron heridos.

Apenas se habia obtenido el triunfo cuando se vió venir hacia los bergantines tan grande multitud



de canoas, que cubrian una parte muy considerable de la laguna, y luego que ya no cupo duda en que se dirijian al Peñon, ocuparon sus buques los Españoles, aguardando al enemigo que hizo alto a alguna distancia de ellos, sin duda para observarlos y ver el modo y forma en que podian ser acometidos, si no con ventaja a lo menos sin riesgo muy conocido. Cortes por su parte se mantuvo tambien quieto, así porque queria cojer las canoas a tiro y que no se le escapasen, como porque la calma que reinaba en el lago no le permitia hacer uso de las velas, y de consiguiente ni desplegar toda la fuerza de su armada. Por algun tiempo se mantuvieron así los unos al frente de los otros, hasta que se levantó un viento de la parte del Peñon, que henchendo las velas de los bergantines, puso la armada española en estado de acometer: entonces se dió la señal para hacerlo, con orden de no cesar en la persecucion hasta haber echado a pique todas las canoas o encerradolas en la capital. Todo se hizo como se habia dispuesto: las debiles barcas mejicanas no pudieron sostener el choque de los buques españoles, y casi todas fueron echadas a pique ganando el resto las calles de la ciudad. Cortes se dirijió despues de la victoria a Yztapalapa, y halló a Sandoval alojado en la ciudad, que habia sido abandonada por los Mejicanos despues de una corta aunque vigorosa resistencia.

Entre tanto las divisiones que se hallaban en Coyoacan, luego que percibieron la victoria obtenida por los bergantines, acometieron a los Mejicanos que defendian la calzada; y los Tlascaltecas que fueron los encargados de esta funcion los derrotaron completamente encerrandolos en Mejico. Cortes, despues de haber perseguido las canoas por mas de tres leguas, hasta el punto en que hoyse halla la garita de San Antonio Abad, siguió la calzada que desde este punto se dirijia a Coyoacan: a corta distancia de Mejico en un lugar pequeño llamado Joloc, se halló con dos torreones fortificados, y viendo lo ventajoso de la posicion y su inmediacion a la ciudad, determinó apoderarse de este punto y sentar en él su campo, que antes pensaba establecer en Coyoacan. Despues de haberlo ganado contra la obstinada resistencia de los que lo defendian, despachó un bergantin a Coyoacan e Yztapalapa con ordenes de que le remitiesen parte de la fuerza, y municiones de ambos campos. Los Mejicanos que conocian el gran perjuicio que desde este punto debia hacerse á la ciudad, aunque no acostumbraban pelear de noche, se resolvieron a tentar una sorpresa y a cargar sus fuerzas sobre los que se habian apoderado de Joloc, antes de que este punto se hallase mas defendido; pero nada pudieron lograr, pues Cortes hizo desembarcar la tripulacion de los bergantines, y aunque no consiguió que los enemigos abandona-



sen la empresa, los tuvo hasta el amanecer a una distancia en que no pudiesen ofenderlo. Al romper el alba se recibieron los auxilios pedidos a Yztapalapa y Coyoacan, y con ellos se hizo una cortadura en la calzada para que los bergantines pudiesen pasar a la parte opuesta, y poner en fuga las canoas que la ocupaban de aquel lado incomodando mucho el campo español. Todo esto se hacia al mismo tiempo que se peleaba con los Mejicanos, los cuales empezaron su acometimiento con la luz del dia. Por tierra y por agua se combatia al mismo tiempo, y a pesar de la inferioridad de las canoas, y del mucho daño que recibian por los bergantines en los dos lados de la calzada, siempre volvian a la carga: así se pasó todo el dia, hasta que a la venida de la noche se retiraron a la ciudad los enemigos de tierra y agua, donde no pudieron ser seguidas las canoas por la poca profundidad y la multitud de estacas, que fijadas en el fondo de los canales, impedian el paso a los bergantines.

Sandoval habia recibido la orden de incendiar a Yztapalapa, reunir sus fuerzas con las de Coyoacan, y venir al campo de Cortes con una parte de ellas; así lo verificó, pero al pasar por el pueblo de Mejicalcingo primero, y despues por las inmediaciones de Culhuacan, le hicieron frente las guarniciones mejicanas y lo pusieron en grandes apuros, de los que no logró salir sino con alguna

perdida, y despues de haber vencido grandes dificultades a merced de los bergantines que le facilitaron el paso en una de las cortaduras de la calzada. Llegado Sandoval al campo de Cortes, se renovó el combate en los mismos terminos que el dia anterior, y esta refriega duró una semana, en la cual se peleaba sin descanso todo el dia, y aun algunas veces en la noche. Los bergantines recibieron y ejecutaron la orden de incendiar todas las casas de la ciudad que estuviesen a su alcance, y como hubiesen descubierto un canal capaz de recibirlos, se internaron algo dentro de ella, e hicieron mayores estragos, impidiendo al mismo tiempo la salida de la mayor parte de las canoas. Pero los Mejicanos, aunque siempre derrotados, no se daban por vencidos, y renovaban todos los dias el combate con la misma decision y valentia que el primero, cargando tropas de refresco y provocando a todas horas al ejercito español. Aunque los bergantines dominaban la laguna y se hallaban ocupadas las principales avenidas de la ciudad por las calzadas, se sabia que los Mejicanos mantenian comunicacion con los pueblos del continente, que recibian de ellos agua y viveres, y aun auxilios de tropa, por cuyo medio reponian las pérdidas de la guarnicion. Pedro de Alvarado descubrió esta comunicacion, y la puso en conocimiento de Cortes, avisandole que el punto por donde se verificaba era la calzada, que entonces se denominaba de Tepeya-



ca, y hoy de Guadalupe. Inmediatamente se previno a Sandoval que pasase a ocupar este punto con su division, y de esta manera quedó Mejico enteramente sitiado.

Cortes se resolvió a hacer una entrada general en la ciudad, por todos los puntos que ocupaban sus divisiones, dejando siempre en reserva las fuerzas de Olid situadas en Coyoacan, punto mas temible que los demas por haber en sus inmediaciones una multitud de pueblos, que se mantenian en estado hostil, y podian hacer una diversion resgosa en los momentos en que los Españoles se hallasen mas empeñados en el ataque de la ciudad, si no eran refrenados por una fuerza respetable, que pudiese contener o impedir sus repetidos acometimientos. Cuando ya se hubo provisto a esto, se dieron ordenes a Alvarado y a Sandoval, para que cada uno entrase por su lado al tiempo que Cortes lo hiciese por el suyo.

Este general, despues de haber dejado guarnicion en su campamento, tomó la calzada de S. Antonio Abad, y encontró en ella dos cortaduras, con su parapeto por el lado de Mejico, una se hallaba inmediata a su campo, y la otra a las primeras casas de la ciudad, en ambas encontró una obstinada resistencia, pero en ambas fueron vencidos, y tuvieron que ceder el puesto los Mejicanos; despues se internaron los Españoles por la calle que viene hasta la plaza del Volador, y desemboca en la ma-

yor. El terreno se disputaba palmo a palmo, y se ganaba lo mismo, pues los Mejicanos renovaban la defensa en cada trinchera, y el combate en cada calle, despidiendo desde las azoteas una lluvia de proyectiles que ofendian mucho al exercito, aunque no impedian su marcha que siempre iban adelantando, al mismo tiempo que entregaban a las llamas los edificios todos del transito de donde recibian este daño. Cuando lograron los Españoles penetrar hasta la plaza principal, se avanzaron sobre el templo mayor que se hallaba en el lugar que hoy ocupa la catedral, y lo tomaron arrojando de el como unas doce personas, que eran bastantes a defenderlo. Mas repentinamente advirtió Cortes, que le faltaban los enemigos por el frente, y desde luego conoció que por las calles laterales se habian ausentado, con animo de ocupar su retaguardia, cortarle la retirada, y que la noche que no estaba lejos le cojiese en la ciudad, esperando derrotarlo ayudados de la confusion que siempre trae consigo la oscuridad. Aunque se ordenó inmediatamente la retirada, el efectuarla era cosa muy dificil y acaso no se habria logrado, si algunos caballos no hubiesen entrado en la plaza y amedrentado a los Mejicanos, como siempre lo hacian, por la dispersion que causaba en ellos el impetu de su choque. Este auxilio inesperado hizo menos dificil el regreso al campo, al cual llegaron muchos heridos, y



todos rendidos del cansancio producido por un combate, en que todo el dia se estuvo de faccion y con las armas en la mano. Alvarado y Sandoval hicieron cada uno por su lado prodijios de valor, y causaron en los enemigos y en los edificios estragos de mucha consideracion, aunque ninguno de ellos adelantó tanto su marcha como Cortes.

Este fué el primer ataque general sobre Mejico, y el fruto que produjo inmediatamente, fué la sumision de todos los pueblos situados en la laguna de Chalco y sus riberas, que vinieron al campo español, no solo a someterse a la corona de Castilla, sino aun a ofrecer sus fuerzas contra los Mejicanos. Estos pueblos eran los de Jochimilco, Tlauac, Mixquic, Churubusco, Culucan y Mejiacalcingo, que unieron inmediatamente sus fuerzas a las de los Españoles, y reforzaron con ellas el exercito sitiador. A Cortes fué muy favorable este paso, no tanto por el auxilio de gente armada que recibia, cuanto porque ya no tenia nada que temer de enemigos tan inmediatos que siempre lo tenian en cuidado. Asi es que ya pudo concentrar todas sus miras y operaciones sobre la ciudad, resolviendo una segunda entrada. Para que los bergantines auxiliasen a esta, y en lo sucesivo a todas las operaciones de sus fuerzas de tierra, hizo pasar seis de ellos a la parte de la laguna, que se hallaba entre los campos de Sandoval y Alvarado, es decir, entre las calzadas de Ta-

cuba y Tepeyac, hoy Guadalupe, quedando el con los otros siete, y dando las ordenes convenientes para que avanzasen a un tiempo sobre Mejico las divisiones que se hallaban a la cabeza de estas dos calzadas.

Despues de tres dias de la primera, se verificó la segunda entrada, y Cortes con su division tomó la misma calle, por la que llegó como antes hasta la plaza mayor, despues de haber superado los mismos obstaculos que en la primera, y peleado con mayores fuerzas: no quiso sin embargo pasar adelante, sino que se ocupó en destruir los parapetos, cegar las cortaduras, e incendiar las casas desde donde se le ofendia. En esto se pasó todo el dia, y al caer la tarde fué necesario regresar al campo. Alvarado y Sandoval hicieron lo mismo, aunque ninguno de ellos pudo penetrar tanto como Cortes, y aunque los Mejicanos molestaron en este dia mucho a los Españoles y sus aliados, fatigando a aquellos demasiado, y haciendo perecer muchos de estos, ellos tuvieron que llorar no solo la baja considerable de sus fuerzas, sino la ruina de los principales edificios de la ciudad, que fueron incendiados y destruidos en este dia. Asi se repitieron por muchos dias las entradas en la ciudad al romper el dia, y las retiradas al caer de la tarde, sin otro resultado que el aumento de las perdidas en los naturales del pais, asi aliados como enemigos, y la



destruccion de los edificios que ya formaban grandes montones de ruinas y escombros: los Españoles se ocupaban en tomar y destruir trincheras y parapetos en las entradas que hacian de dia, y los Mejicanos por la noche en reponer todas las defensas destruidas, abrir de nuevo las cortaduras cegadas, prepararse para el combate al dia siguiente, y llegado este pelear todo el sin descanso.

Cortes, no podia ni queria situarse dentro de la ciudad, así por el riesgo de ser cortado, como porque para esto era necesario abandonar la ventajosa posicion de Joloc, desde la cual impedía las comunicaciones con la ciudad, que serian a sus habitantes y guarnicion menos dificiles en el momento que se separase de ella. Alvarado, tan intrepido como Cortes, pero mucho menos prudente, ocupó una posicion inmediata a la ciudad, que mantuvo constantemente. Este era un templo que, a lo que parece, se hallaba situado en el lugar en que hoy está el de San Cosme. Como la calzada era mas corta que las otras en que se hallaban Cortes y Sandoval, podian auxiliarse con mas facilidad la posicion principal de Tacuba con la avanzada de San Cosme, cosa que no podian hacer los otros por hallarse a grande distancia de la ciudad. La emulacion se introdujo entre los campos de las tres divisiones, y los soldados de Alvarado, queriendo superar a los de las otras, en una de las entradas generales a la

ciudad, se avanzaron indiscretamente, sin cuidar de que se cegasen las cortaduras que dejaban a la espalda. Los Mejicanos que siempre reservaban sus principales ataques para la retirada, en que ya iban rendidos de fatiga los Españoles, luego que advirtieron este descuido se resolvieron a aprovecharlo: así es que ocuparon todas las cortaduras abiertas, y se interpusieron entre Alvarado que se habia adelantado con cosa de cincuenta caballos, y el resto de sus fuerzas que quedaban muy atras. Cuando este con los pocos que le acompañaban quiso verificar la retirada para unirse con el resto de su fuerza, ya no era posible hacerlo por las cortaduras que impedían las evoluciones de la caballeria. La derrota fué consecuencia de su temeridad, y cuatro Españoles que cayeron en poder del enemigo, fueron sacrificados esa misma noche a los dioses mejicanos en el templo de Tlaltelolco casi a la vista de sus compañeros. Cortes reprendió a Alvarado al dia siguiente por la temeridad de haberse empeñado imprudentemente, y por haber faltado a la espresa instruccion que tenia, de no dejar a retaguardia cortadura ninguna abierta.

El sistema de entradas y retiradas duró por mas de veinte dias, sin adelantar en el otra cosa que la destruccion de la ciudad, pues la esperanza de Cortes de que a fuerza de sufrir perdidas vendrian por fin a someterse los Mejicanos salió enteramente



fallida; y el furor o desesperacion de los habitantes de la ciudad llegó a tal extremo, que sus infortunios, lejos de abatirlos los irritaban mas, y fortificaban en ellos la resolucion de morir o vencer. Los Españoles, cansados de una guerra a que no veian termino, desde muchos dias antes instaban a Cortes para tomar posicion dentro de la ciudad, y que todas las divisiones entrando por las diversas calzadas, en cuya estremidad se hallaban situadas, se concentrasen sobre Tlaltelolco, punto en que habian reunidos sus fuerzas los Mejicanos, y cayesen sobre ellos hasta desalojarlos de el. Cortes, penetrado del riesgo que se corria, en que una vez entrado en Mejico el exercito español fuese sitiado y destruido por los Mejicanos, pues estos eran dueños de la parte de la ciudad que aun quedaba en pie, la cual se hallaba toda cortada por canales que impedian el uso de los caballos, y erizada de trincheras que cerraban el paso, resistió por mucho tiempo el comprometer en una operacion resgosa las grandes y solidas ventajas hasta entonces adquiridas. Pero importunado hasta lo sumo, se resolvió por fin a lo que le pedian. Para que las fuerzas reunidas alejasen mas el riesgo, no quiso que la entrada fuese por tres puntos, sino por dos: pues mandó a Sandoval que pasase a reunirse con Alvarado, y tomase con seis bergantines el foso en que este habia sido poco antes derrotado, haciendolo cegar y apisonar, y le previno que no dejase atras

cortadura ninguna abierta, ni trinchera levantada que impidiese la retirada en el caso de un reves. Cortes, siempre receloso del arrojido de Alvarado quiso encargarse por si mismo del ataque en su parte principal, y para esto reforzó su division con parte de las fuerzas situadas en Tacuba.

Llegado el dia, salió de su campo con todo su exercito, los siete bergantines y un numero tan considerable de canoas, que en su relacion las hace subir a tres mil: penetró en la ciudad sin oposicion hasta la plaza mayor, y en ella dividió sus fuerzas en tres trozos, que debian dirigirse sobre Tlaltelolco por las calles que aora llamamos del Relox, Sto.-Domingo y Manrique. Julian de Alderete tomó la calle principal, es decir de Sto.-Domingo, con una de las divisiones, y Andres de Tapia y Jorge de Alvarado, que mandaban las otras dos, emprendieron su marcha, uno por las del Relox, y el otro por las de Manrique, quedando Cortes con un cuerpo de reserva para acudir a donde se le ofreciese. Se previno, como se hacia siempre, que ninguna de las divisiones dejase tras si cortadura abierta, ni obstaculo ninguno que pudiese impedirle la retirada. Los Mejicanos al principio opusieron gran resistencia al enemigo; pero a poco empezaron a ceder con el fin de que empeñado en el ataque pudiese ser cortado. Alvarado y Tapia cumplieron exactamente las ordenes de Cortes, y cegaron cuantas